

LA RÁBIDA ERA DON VICENTE

JUAN ANTONIO GINER*

Fue el año de la revolución de mayo en París y de los tanques en Praga. ¡Qué tertulias nocturnas aquellas con don Vicente Rodríguez Casado, Valentín Gómez Iglesias, Vicente Cacho, Ramón Cercós, Miguel Ángel Garrido, Amando de Miguel, Florentino Pérez Embid o Mariano Aguilar Navarro!

Allí estábamos nosotros, desparramados por el suelo, alimentados siempre gracias a los periódicos (y tolerados) asaltos a las despensas de las cocinas. Estudiantes y profesores. Juntos.

Uno recuerda hoy con nostalgia y emoción aquellas breves semanas del verano con mucha más intensidad que los cinco largos años de carrera universitaria. Sobre todo, cuando nuestras universidades de invierno eran recintos ocupados por la policía, con profesores-funcionarios que antepoñían sus ocupaciones privadas a una docencia desganada.

Libertad y pluralismo

La Rábida fue para muchos de nosotros la Universidad. Allí aprendimos de un Rector que no lo parecía. Un Rector sin poderes especiales pero con autoridad de gigante. Un maestro de universitarios al que, años después, las vilezas de los políticos le apartaron —y con él a nosotros, sus alumnos— de aquellos esteros y aquellas marismas donde también descubrimos nuevos mundos.

Un mundo lleno de humanidad desbordante, con una actividad cultural casi frenética sólo interrumpida por los entrenamientos para las regatas

* XXVI Curso de la Universidad de La Rábida (1968). Presidente de Innovación Periodística. Profesor de la Facultad de Ciencias de la Información, Universidad de Navarra.

o las escapadas por las sierras onubenses, las playas gaditanas o las callejuelas sevillanas.

En aquella España de revueltas estudiantiles frente a las timideces de gobiernos que temían la libertad, La Rábida era un oasis de libertad y pluralismo dialogante.

Algo a lo que no estábamos acostumbrados y que nadie nos había enseñado. Yo estoy seguro que don Vicente pensaba de un modo muy diferente a todos nosotros, pero nos sorprendía su franqueza y coherencia. Defendía la libertad y la practicaba cotidianamente. Su discrepancia se manifestaba, como mucho, en tremendas carcajadas que hacían imposible la polémica.

No estaba allí para convencernos de sus ideas, pero nos convencía su talento. No fuimos a La Rábida para comulgar con ruedas de molino, sino para aprender a cargar con la responsabilidad de las propias ideas. Y esa fue la gran lección de don Vicente. Releer la lista de sus antiguos alumnos es suficiente para demostrar el amplio espectro de ideas y actitudes que se forjaron en aquella Universidad de Santa María de La Rábida.

Vocación de servicio

Al cabo de muchos años, tuve la suerte de volver a verle y me sorprendió su vitalidad renovada. Se sabía rodeado de muchos amigos dentro y fuera de España. Que le querían con locura. Y si las autoridades académicas de nuestro país le dieron la espalda, las tierras calcinadas del norte peruano le vieron llegar como un manantial desbordante.

Se cumplió así, con hechos y de verdad, su vocación americanista más profunda. Sus últimos años fueron un generoso volcarse con Piura, un milagro universitario que para don Vicente fue su última pasión.

No eligió los Oxford europeos o los Harvards americanos. Cruzó los mares y se plantó, como los algarrobos piuranos, donde mayor era la sed de saber. Echó raíces profundas en aquellos desiertos y, una vez más, nos recordó una lección sin palabras que había aprendido del Fundador del Opus Dei: que ser universitario era y es una vocación de servicio a la sociedad y no una patente de corso para egoístas insolidarios.

Así se explica la pasión que todos nosotros sentimos al recordarle y al reconocer, con la cabeza y el corazón, lo mucho que le debemos.

¡Gracias, don Vicente!